

XI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Tucumán, San Miguel de Tucumán, 2007.

En primera línea. El activismo de izquierda y la militancia cotidiana en las fábricas del Norte del Gran Buenos Aires (1970-1976).

Löbbe, Héctor (UBA).

Cita:

Löbbe, Héctor (UBA). (2007). *En primera línea. El activismo de izquierda y la militancia cotidiana en las fábricas del Norte del Gran Buenos Aires (1970-1976)*. XI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Tucumán, San Miguel de Tucumán.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-108/746>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

XI° JORNADAS INTERESCUELAS/ DEPARTAMENTOS DE HISTORIA.

Tucumán, 19 al 22 de Septiembre de 2007.

Título de la ponencia: *En primera línea. El activismo de izquierda y la militancia cotidiana en las fábricas del Norte del Gran Buenos Aires (1970-1976)*

Mesa Temática: N° 82 A ¿POR QUÉ PERDIMOS? DE LA RESISTENCIA PERONISTA AL GOLPE DE ESTADO DE 1976. Coordinadores: Eduardo Sartelli (UNLP) Pablo Bonavena (UBA-UNLP)

Universidad, Facultad y Dependencia: Universidad de Buenos Aires, Ciclo Básico Común.

Autor: Héctor Löbbe. Ayudante de Trabajos Prácticos. Licenciado en Historia. Universidad Nacional de Luján.

Dirección, teléfono y dirección de correo electrónico: Belgrano 2442, San Fernando, Provincia de Buenos Aires.

Teléfono (011) 4-745-7186. Correo electrónico: patriciayhector@fullzero.com.ar

Autorizo su publicación en el CD de las jornadas.

A la memoria de Yolanda Colom, historiadora comprometida, pionera en la investigación de las Coordinadoras Interfabriles del Gran Buenos Aires y compañera.

La siguiente ponencia es una adecuación de un capítulo de la investigación realizada como parte del trabajo final de nuestra Tesis de Licenciatura en Historia en la Universidad Nacional de Luján, publicada en agosto de 2006¹.

Nos proponemos en ella realizar un acercamiento a las características e implicancias del activismo y militancia cotidiana de las organizaciones de izquierda en un conjunto de establecimientos fabriles de Zona Norte del Gran Buenos Aires (partidos de Vicente López, San Isidro, San Fernando y Tigre) entre 1970 y 1976². Este estudio nos servirá para destacar una serie de elementos centrales para comprender la dinámica social y política en la década del '70: 1) que, contrariamente a lo que afirman los historiadores tradicionales (quienes tienden a subestimar la presencia de la izquierda dentro del movimiento obrero³), las organizaciones de izquierda revolucionaria volcaron importantes esfuerzos y energías sobre la clase trabajadora; 2) que tal trabajo fructificó, como lo indica la recuperación de una

¹Löbbe, Héctor; *La guerrilla fabril. Clase obrera e izquierda en la Coordinadora de Zona Norte del Gran Buenos Aires (1975-1976)*, Ediciones ryr, Buenos Aires, 2006.

²En 1974, según el Censo Económico, esta región metropolitana concentraba 4.834 establecimientos industriales y 99.037 trabajadores registrados en la rama manufacturera. Para medir la importancia de esta concentración obrera, cabe mencionar que representaba casi un 8% del total nacional, el mismo porcentaje que toda la provincia de Córdoba.

³Godio, Julio; *Historia del Movimiento Obrero*, Tomo II, Corregidor, Buenos Aires, 2000. Senén González, Santiago; *Diez años de sindicalismo argentino: de Perón al Proceso*, Editorial Corregidor, Buenos Aires, 1984. Torre, Juan Carlos; *Los sindicatos en el gobierno. 1973-1976*, Biblioteca Política Argentina, número 30, CEAL, Buenos Aires, 1983.

serie de organismos de base fabril (comités de lucha, delegados, cuerpos de delegados y comisiones internas), poniéndolos bajo la dirección de conducciones clasistas y combativas; 3) que este proceso fue resultado tanto de la línea política de dichas organizaciones de izquierda como de la aplicación práctica y creadora de cientos de militantes político-sindicales que activaban en los distintos establecimientos fabriles; 4) que esta actividad cobró una importancia cualitativa por darse en el marco del regreso del peronismo al gobierno del Estado, con su proyecto de reformismo burgués y de conciliación de clases; 5) que precisamente el accionar crecientemente independiente de importantes fracciones del proletariado aceleró la crisis de tal modelo político a mediados del año 1975; 6) que la elevación incipiente de la lucha reivindicativa a la lucha política y la igualmente incipiente constitución de un embrión de dirección sindical alternativa y clasista (las Coordinadoras Interfabriles) fue uno de los factores que contribuyeron objetivamente al golpe de Estado contrarrevolucionario de marzo de 1976, ante el crecimiento amenazante de la llamada “guerrilla fabril”.

Si bien este trabajo hace un recorte geográfico del período estudiado, adelantamos que las características descritas eran comunes y compartidas en los principales núcleos de concentración fabril no sólo del Gran Buenos Aires sino también del Gran Córdoba, la ribera del Paraná (los cordones fabriles que se extendían entre el norte de Rosario, en la provincia de Santa Fe hasta el norte de Buenos Aires) y, con rasgos particulares, en zonas rurales como Tucumán, Salta y Jujuy⁴. En virtud del alcance de esta ponencia, nos limitaremos a citar la bibliografía (en especial, aquella con la que debatimos) y las fuentes más significativas para abordar esta temática, invitando a consultar el cuerpo documental y bibliográfico completo utilizado en nuestra mencionada publicación.

La orientación hacia las fábricas de la izquierda revolucionaria (1969-1973)

La primera mitad de la década de 1970 fue escenario de uno de los momentos más intensos de la lucha de clases de la historia de nuestro país. En esa coyuntura crítica resalta la activación y movilización reivindicativa de la clase obrera y la radicalización política de la pequeña burguesía empobrecida. Expresión de tal proceso fue el estallido de episodios insurreccionales en el interior del país (a partir de 1969) y la emergencia de un conjunto de organizaciones de izquierda (marxistas y peronistas) que buscaron conducir el descontento de las masas. La magnitud que alcanzó la impugnación política y social, sacudió de lleno al sistema capitalista argentino, al punto de forzar la retirada de tres gobiernos

⁴Para una descripción ampliada del proceso a escala nacional, véase: Pozzi, Pablo y Alejandro Schneider; *Los setentistas. Izquierda y clase obrera*, Eudeba, Buenos Aires, 2000 y Werner, Ruth y Facundo Aguirre; *Insurgencia obrera en la Argentina 1969-1976*, Ediciones del IPS, Buenos Aires, 2007.

militares (desde 1969 a 1973), concebidos hasta allí como la principal carta para lograr el disciplinamiento y control del conflicto social. La opción de recambio concebida entonces por la burguesía fue la de volver al régimen parlamentario, permitiendo la participación en el mismo del peronismo. Se trató de una audaz y calculada jugada, en tanto se visualizó que el carácter reformista burgués de dicho movimiento podía ser una eficaz valla de contención al progresivo viraje a la izquierda de las clases subalternas, incluyendo en ese viraje a la propia ala izquierda que se estaba constituyendo de manera creciente dentro del peronismo⁵.

Esta situación política y social abrió, en el amplísimo espacio de la llamada “nueva izquierda”⁶, un profundo debate acerca de como intervenir en ese promisorio panorama, en términos de potencial transformación del sistema capitalista. En este punto, la historiografía tradicional dedicada a los ’70 destaca como principal tema de discusión la adopción de la lucha armada como principal vía de acortar los tiempos para el triunfo revolucionario. Por nuestra parte, y aun recurriendo a las mismas fuentes (prensa partidaria, volantes y comunicados), pudimos detectar que la principal preocupación de dichas organizaciones residía en como insertarse de la manera más profunda y extendida, en por lo menos, las fracciones más concentradas y avanzadas del proletariado. En las organizaciones marxistas, esta última intención se fundaba en el rol protagónico que le asignan los autores clásicos (Marx, Engels, Lenin, Gramsci) a la clase obrera en el proceso revolucionario⁷. En tanto, para los grupos de izquierda peronista, el trabajo político entre los trabajadores se justificaba por el papel progresivo y central de la clase obrera dentro del “movimiento de liberación nacional”⁸. Todas estas fuerzas, con su diferente nivel de desarrollo e inserción dentro de la clase obrera se encontraban, hacia fines de 1972, abocadas de lleno a crear distintos tipos de células fabriles, agrupaciones sindicales y otras estructuras de movilización, lo que en términos de política revolucionaria, tornaba cualitativamente superior su accionar. La aproximación de la izquierda a la incipiente nueva vanguardia obrera (en un proceso de mutua convergencia) prosperó por varios motivos: 1°) debido al acercamiento a esas organizaciones de los nuevos activistas fabriles, que sentían la necesidad de encontrar un encuadramiento político que respondiera a las nuevas condiciones de combatividad obrera y al creciente abandono de su rol de

⁵De Riz, Liliana; *Retorno y derrumbe. El último gobierno peronista*, Hyspamerica, Buenos Aires, 1987

⁶Véase una aproximación a esta compleja categoría en Hilb, Claudia y Daniel Lutzky; *La nueva izquierda argentina: 1960-1980 (Política y violencia)*, Biblioteca Política Argentina, número 70, CEAL, Buenos Aires, 1984

⁷En nuestra zona de estudio, las principales fuerzas de este signo fueron: el Partido Socialista de los Trabajadores (PST), el Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT), Política Obrera (PO), el Grupo Obrero Revolucionario-Corriente Clasista (GOR-CC), la Organización Comunista Poder Obrero (OCPO) y Vanguardia Comunista (VC).

⁸La Juventud Trabajadora Peronista (JTP), brazo sindical de Montoneros y el “Peronismo de Base”.

conducción por parte de las direcciones peronistas “ortodoxas”⁹; 2°) por el replanteo de la definición político-ideológica que estaban llevando a cabo dirigentes y activistas de cierta trayectoria dentro de las filas obreras y 3°) por la orientación hacia las fábricas o proletarización de sus cuadros que impulsaban con distinta fuerza y éxito las distintas organizaciones de izquierda, en especial las marxistas¹⁰.

Llegado a este punto, consideramos oportuno detenernos a revisar un elemento central para interpretar la complejidad de este proceso, es decir, la presencia y accionar, en términos de competencia, del aparato burocrático de control surgido de las mismas filas obreras, estimulado e incentivado tanto por el capital como por el propio Estado, en su objetivo de domesticar la lucha y organización obrera. Un primer aspecto a destacar es que no usamos la categoría “burocracia sindical” en un sentido sociológico, como grupo de funcionarios especializados dentro de una administración compleja, que defienden ciertos intereses corporativos. Tampoco responde a una visión democratista que identifica precisamente prácticas burocráticas con falta o clausura de debate y actitudes autoritarias, para oponerlas a una (abstracta) “verdadera democracia”. Al referirnos a la “burocracia” estamos indicando a aquella capa burguesa del proletariado, parcialmente desclasada que juega el papel de intermediario tolerado por el capital, en su lucha contra la clase obrera. Las prácticas burocráticas y los dirigentes en la que dichas prácticas se encarnan forman la primera trinchera que deben vencer los trabajadores en el marco de su enfrentamiento contra el capital. La capa de dirigentes burocráticos, en tanto conciliadores y traidores juega un rol más negativo en aquellos momentos de auge de la movilización obrera, llamando sistemáticamente al “orden y la calma”. En el caso argentino, su mayoritaria adscripción al peronismo desde la década de 1950 se transformaba en un freno objetivo, al mantener dentro de las filas obreras la hegemonía de la estrategia reformista. Estas afirmaciones no niegan las contradicciones que atravesaban a la propia capa burocrática. Ésta debía, por lo menos relativamente, legitimarse ante las bases y para ello recurría (como por ejemplo el “vandarismo”) a la táctica de presionar al sector empresario para luego sentarse a negociar. La importancia asignada a la lucha contra la burocracia, de parte de las organizaciones de izquierda y los activistas y dirigentes combativos y “clasistas”, era directamente proporcional al papel reaccionario que ejercía la burocracia. Durante la primera mitad de los '70 y en especial a partir de 1973, esta discusión dejará de ser un ejercicio intelectual: en la medida que importantes fracciones de la clase obrera comenzarán un progresivo viraje hacia posiciones socialistas, la burocracia sindical peronista iniciará una campaña sistemática de eliminación del

⁹Torre, Juan Carlos; op.cit., páginas 92 a 94. En este punto coincidimos con lo señalado por este autor, aunque diferimos en cuanto a su alcance final: para Torre, “tales relaciones [entre las organizaciones de izquierda y los nuevos cuadros sindicales] no tuvieron efectos sobre la dinámica interna de los conflictos”.

¹⁰Pozzi, Pablo y Alejandro Schneider; op. cit. y Löbbe, Héctor; op.cit.

activismo opositor, recurriendo al arsenal completo que el sistema le ponía a la mano: instrumentos legales, acuerdos con los empresarios para cesantear a los militantes de izquierda, auxilio represivo directo del Estado y también el asesinato con bandas de sicarios. Utilizaremos así el nombre de “burocracia” con el mismo sentido que le adjudicaban por otra parte, en su experiencia cotidiana, activistas y trabajadores en sus denuncias¹¹.

Desde 1970 en nuestra zona de estudio se verificó un intenso e inédito proceso de politización y activismo en las principales empresas fabriles, protagonizado por distintas organizaciones de izquierda (marxistas y peronistas) que aprovechaban el auge y entusiasmo de las fracciones obreras más avanzadas, luego de los acontecimientos vividos a partir de 1969.

Esta activación se retroalimentaba por el interés que mostraban conjuntos de jóvenes obreros por las ideas antiimperialistas y socialistas y las propias expectativas (hacia comienzos de 1973) del regreso del peronismo al gobierno. Traducido en términos concretos, esta actividad se plasmó en la formación de agrupaciones fabriles (más o menos clandestinas), la lucha por renovar los cargos de representantes de cada establecimiento y en algún caso, en el éxito coronado por la formación de Cuerpos de Delegados o Comisiones Internas combativas. En la práctica, implicaba una fuerte competencia con el peronismo ortodoxo de derecha y en algunos casos, un importante y significativo desplazamiento de los sectores burocráticos de los espacios organizativos que controlaban hasta entonces.

Todo este proceso, caracterizado por un conjunto de prácticas militantes cotidianas que detallaremos a continuación, permitió a organizaciones y activistas, una rica experiencia y aprendizaje, que se desplegará en términos de resultados concretos, a partir de mayo de 1973¹².

La militancia en las fábricas: actores y prácticas cotidianas

Antes de pasar a describir las prácticas cotidianas de la militancia político-sindical de izquierda en los establecimientos, debemos tomar como punto de partida el identificar en que tipo de personaje se encarnaba la figura del militante político que actuaba en el ámbito fabril. Esta identificación resultará central al momento de entender como estos activistas políticos-sindicales llegaron a tornarse tan eficaces al momento de organizar y dirigir las acciones reivindicativas de los establecimientos en los que militaban.

¹¹Tanto la izquierda marxista como la peronista destinaban ingentes recursos y energías en sus publicaciones para denunciar a la burocracia.

¹²Los casos más destacados y documentados fueron los de las empresas Fate, EMA, Astilleros Astarsa, Editorial Abril, Del Carlo y un sinnúmero de metalúrgicas, textiles y ceramistas, entre otros. Löbbe, Héctor; op.cit., capítulo I.

Si bien no es la intención central de esta ponencia, consideramos oportuno una breve referencia al abordaje historiográfico sobre el perfil de los militantes sindicales. En primer lugar, encontramos aquellos que se valen de testimonios de protagonistas directos del proceso para ilustrar las características del mismo pero, por lo menos en los fragmentos publicados de dichos testimonios, no profundizan en la descripción de las prácticas de dichos militantes¹³. Por otro lado, otro conjunto que recurre igualmente a los recuerdos de los militantes políticos desde una perspectiva más biográfica y existencial, sin bucear igualmente en sus prácticas¹⁴.

Sin desmerecer los aportes de ambos conjuntos, consideramos que su principal debilidad en tanto intento de interpretar el proceso es, precisamente, no hacer un balance sistemático de la militancia cotidiana de sus testimoniantes.

A continuación, pasaremos a considerar, en sentido amplio, la relación entre las fuerzas de izquierda, sus activistas y los obreros más politizados. Como señaláramos antes, en el período estudiado se daba una particular convergencia entre las organizaciones políticas que intentaban insertarse en las fábricas (lo que se conoce vulgarmente como “proletarización”) y los trabajadores con desiguales inquietudes políticas y sociales que buscaban una estructura partidaria que diera respuesta a esas inquietudes y ayudara a sistematizar su práctica diaria¹⁵.

En el primer caso, el militante o cuadro que “bajaba” a la fábrica podía, en un primer momento, responder mucho más disciplinada y verticalmente a la orientación general que le daba su organización. Sin embargo, no pasaba mucho tiempo para que reconociera (e inclusive se lo hiciera saber a su organización) que la línea que buscaba implementarse no era necesariamente compartida ni asumida automáticamente por la base obrera. Este “bautismo de fuego” en las lides gremiales concretas, la opinión de la clase obrera real y no la idealizada, llevaba a que el militante sintiera la necesidad

¹³Pozzi, Pablo y Alejandro Schneider, op.cit.; Werner, Ruth y Facundo Aguirre, op. cit.

¹⁴Díaz, Rubén; *Esos claroscuros del alma. Los obreros navales en la década del '70*, El sueño, La Plata (Provincia de Buenos Aires), 1999. Doljanin, Nicolás; *La razón de las masas*, Editorial Nuestra América, Buenos Aires, 2003. Flores, Gregorio; *Lecciones de batalla*, Ediciones ryr, Buenos Aires, 2006. Lorenz, Federico; *Los zapatos de Carlito*, Grupo Editorial Norma, Buenos Aires, 2007.

¹⁵Respecto a esa convergencia, véase la citada obra de Torre, Juan Carlos; páginas 92 a 94. Sobre la “proletarización” existe, a nuestro juicio, un amplio campo de debate que no ha sido suficientemente abordado. Una vertiente de análisis tiende a caricaturizar el mismo como un “endiosamiento” de la moral y costumbres de la clase obrera por parte de los militantes provenientes de la pequeña burguesía. Según esa interpretación, dichos militantes se esforzaban por “copiar” las formas de vida de los trabajadores, no sólo para ser reconocidos sino para “expiar” la culpa del propio origen social. Esta visión contribuye a la crítica derrotista que asumen quienes consideran que toda la experiencia revolucionaria de los '70 fue resultado de una concepción extraviada, expresada en una militancia carente de asidero en la realidad concreta. Véase, entre otros el dossier dedicado a este tema, publicado en *Políticas de la Memoria*; Anuario del CeDInCi, Buenos Aires, 2004-2005 y el artículo de Vera Carnovale en *Lucha Armada*, número 5, primer trimestre de 2006, Buenos Aires. Por nuestra parte, como resultado de las entrevistas realizadas para la investigación, consideramos que se parte de un falso prejuicio, que no se compadece necesariamente con la totalidad de la experiencia. En ese sentido, creemos que la “proletarización”, lejos de ser un defecto, fue uno de los principales factores que explican el éxito de la inserción y nivel de reconocimiento de la izquierda dentro de la clase obrera.

imperiosa de adecuar rápidamente su discurso y comportamiento a riesgo de quedar aislado en el ámbito concreto de su actividad. No se trata aquí de sostener la caricatura descalificadora del activista pragmático que buscaba mimetizarse en un ambiente ajeno a su extracción social¹⁶. Sí reconocer en cambio que los militantes que se proponían convertirse en orientadores de sus compañeros, debían eliminar actitudes soberbias o autosuficientes ya que las mismas podían alejarlos objetivamente del resto de los trabajadores. Se imponía entonces, prestar atención a la experiencia que le podría aportar el colectivo obrero de la fábrica donde activaba. Esto último, a su turno, implicaba un riesgo de signo contrario: adoptar un criterio de carácter economicista, rebajando la propuesta socialista a una versión reformista de tipo “trade-unionista”.

Los militantes, al mismo tiempo, debían extremar sus cuidados para evitar la tentación de caer en un anti-intelectualismo que rechazara la elaboración teórica, justamente en un momento donde la politización de la base trabajadora demandaba más que nunca profundizar dicha discusión teórica¹⁷.

Esta situación era un primer foco de tensión a la que se veía sometido el militante “proletarizado”, toda vez que en él siguieran pesando los prejuicios sobre lo que querían en verdad los trabajadores y comprobara el real estado de conciencia sobre la condición de explotados y el grado de compromiso dispuesto a asumir para luchar contra esa condición por parte de los mismos obreros.

No muy distinta era la disyuntiva que debía afrontar el obrero “militante”, es decir aquél que se incorporaba por propia voluntad y convencimiento a una organización política. Ya el mismo hecho de la elección en donde militar, en un panorama político-ideológico extremadamente variado, era en sí misma toda una definición¹⁸.

Lo dicho no nos debe inducir a una conclusión apresurada. Este último tipo de militante si bien “iba” hacia la organización en busca de una interpretación más clara de su sentimiento de rebeldía y de recursos para hacerla efectiva, no por ello perdía el punto de vista del colectivo obrero del cual había

¹⁶El que hablaba mal adrede o compartía ciertos gustos o inclinaciones “típicas” de los obreros fabriles, para relacionarse mejor con ellos. En última instancia, no cualquier trabajador “típico” se convertía en referente, delegado o dirigente de sus compañeros. Es interesante la opinión que en ese sentido aporta De Santis, Daniel; *Entre tupas y perros. Un debate con Eleuterio Fernández Huidobro y Luis Mattini sobre Tupamaros y el PRT-ERP*, Ediciones ryr - Nuestra América, Buenos Aires, 2005, página 150.

¹⁷Era una práctica común y extendida la lectura y comentarios de periódicos de izquierda (como *Noticias* o *El Mundo*) mientras tuvieron circulación legal y en especial, publicaciones partidistas y volantes en las pausas de labor. Entrevista personal a Cristina, activista política y delegada general de la Comisión Interna del laboratorio Squibb en la localidad de Martínez (Norte del Gran Buenos Aires), durante los años 1975-1976. Buenos Aires, 2002-2003. Coinciden con este testimonio, los relatos de nuestros demás entrevistados.

¹⁸Desde militar en el peronismo “porque allí estaba el pueblo y la clase obrera”, hasta las distintas vertientes del socialismo. Otra opción importante parecía ser la de los medios: incorporarse a la JTP, OCPO o PRT era un reconocimiento implícito o explícito de acordar con la lucha armada. Entrevista con Luis Benencio, activista político y delegado gremial del astillero Astarsa de la localidad de Tigre (Norte del Gran Buenos Aires), entre los años 1972 y 1976. Buenos Aires, 2002. También, entrevista con “Petiso”, activista político y delegado de la automotriz Ford en la localidad de Tigre (Norte del Gran Buenos Aires) entre los años 1972 y 1975. Tigre, 2003.

surgido. Era, al mismo tiempo, un “obrero conciente”, politizado, pero también un “obrero de vanguardia”, es decir no necesariamente reflejaba el nivel de politización promedio alcanzado por el resto de sus compañeros. En ese sentido, también se encontraba tironeado entre sus aspiraciones (que lo llevaban a involucrarse políticamente) y la realidad que le imponía el día a día en la fábrica. Este obrero “militante”, al igual y quizás más que el militante “obrero”, aportaba a la organización el reflejo directo de lo que pasaba por la base, marcando la temperatura política y disposición a luchar de la fracción obrera a la que pertenecía, la que no siempre coincidía con la imagen que de la misma tenían y deseaban las organizaciones de izquierda.

Llegado a este punto, la pregunta es: ¿qué problemáticas concretas provocaba en la relación entre las direcciones y sus militantes fabriles el desfasaje entre la línea partidaria y el real estado de conciencia de la mayoría de la clase obrera?. Para tratar de responder esta pregunta, creemos necesario enumerar algunos factores que tienden a complejizar una relación ya de por sí difícil.

En primer término, el carácter del vínculo entre los activistas de base y la estructura partidaria. Creemos en este aspecto, que dicha relación dice mucho más acerca del lugar que le concedía cada organización a su trabajo fabril, que otras consideraciones. En efecto, para 1975 todos los testimonios recabados coinciden en que cada fuerza política volcaba sus mayores recursos o aumentaba el porcentaje de trabajo en el frente sindical, al compás del auge de la movilización obrera.

En las organizaciones de pequeño tamaño como el GOR, que contaba con apenas algunos cientos de militantes, incidía mucho el origen de los mismos. La Corriente Clasista que había migrado desde otra experiencia partidaria en bloque, representaba en ese entonces aproximadamente la mitad de la estructura de la organización madre. Por eso, el frente gremial (que coincidía casi por completo con la Corriente) podía disponer de mayor autonomía al momento de fijar la línea respectiva en materia fabril¹⁹.

Distinta era la situación en partidos como el PST y PO. Ambos, muy jóvenes en materia organizativa, estaban integrados mayoritariamente por militantes provenientes de la pequeña burguesía que se habían “proletarizado”, siguiendo la orientación de insertarse en los sectores de vanguardia de la clase obrera. Esta última condición debió aminorar la distancia entre militantes y direcciones, tornando menos tensas las relaciones entre ambas, aunque en el caso del PST encontramos en dos testimonios cierta rispidez entre las orientaciones bajadas desde la dirección y la opinión de la base²⁰.

¹⁹Entrevista con Eduardo Lucita, activista político y delegado de la dependencia “Organismos Centrales” de Ferrocarriles Argentino (Capital Federal), durante la década de 1970. Buenos Aires, 2003.

²⁰Coggiola, Osvaldo; *El trotskismo en la Argentina (1960-1985)*, Biblioteca Política Argentina, números 133 y 135, CEAL, Buenos Aires, 1986, páginas 46 a 52. Pozzi y Schneider, op.cit., páginas 151 a 184.

En el PRT la situación era diferente. Según el testimonio del responsable nacional de la Mesa Sindical (máximo organismo de conducción de ese frente partidario), al PRT le resultaba más sencillo extraer militantes de las fábricas que insertar el Partido en los establecimientos. En otras palabras, los militantes tendían a identificarse de tal manera con la línea partidaria que se perdía la perspectiva aportada por las bases obreras de cada empresa con posiciones tal vez más conservadoras. No obstante, el propio Mattini aclara que el PRT, a diferencia del PC por ejemplo, dejaba a las células fabriles autonomía para fijar la línea concreta a aplicar en cada caso.

A su turno, la imagen del PRT como un “partido de combate”, provocaba una particular tensión entre aquellos inclinados a mantener tradicionales criterios sindicalistas y quienes se acercaban a la organización por sus prácticas militares²¹. En este punto, al referirse a la atracción que generaba la actividad militar, un obrero “militante” de dicha organización admite que la política de sacar activistas del frente sindical para volcarlos a la lucha armada en parte era resultado de las propias características de sus militantes, muy volcados a la acción con la impronta guevarista: “se captaba a los obreros más ‘fierros’ [quienes en muchos casos] pedían pasar a la estructura armada”²².

La impresión general es que la confianza en el carácter correcto de las propuestas del PRT era muy elevada entre sus militantes partidarios. Esta confianza queda reflejada, por citar un caso, en la sorpresa que señala un destacado cuadro político-sindical de dicha organización al descubrir que su organización se había quedado transitoriamente “sin línea” ante la crisis abierta en el ciclo de huelga general de junio-julio de 1975²³. Otros datos interesantes para comprender la dinámica de esa organización son aportados por “Petiso” (obrero “militante” en la automotriz Ford de General Pacheco). Por ejemplo, el intercambio que tenían con importantes cuadros de origen obrero con responsabilidad en conflictos de magnitud como Villa Constitución. Así, recuerda la manera humilde y sencilla con la que Luis Segovia se dirigía a la célula obrera de la Ford (“yo te cuento mi experiencia”, “a mí me parece”), sin pretender imponer su opinión. Esta actitud parece que era extensiva a los cuadros de dirección del Partido aunque no fuesen de extracción obrera, tal el caso de Benito Urteaga, quien como responsable del frente en la planta automotriz arriba mencionada, “nunca vino a decirme ‘nosotros tenemos que sacar a los obreros,

²¹Entrevista Luis Mattini, responsable nacional de la Mesa Sindical del PRT durante la década de 1970. Buenos Aires, 2003.

²²Entrevista ya citada con “Petiso”. Un ejemplo brindado acerca de la inclinación a dar respuestas militares, fue la propuesta de Luis Segovia de replicar “ojo por ojo y diente por diente” a los atentados fascistas de la “Triple A”. El caso es significativo por tratarse del máximo dirigente del Comité de Lucha de Villa Constitución que quedaba libre y en la clandestinidad, después del operativo represivo que sufrió aquella seccional metalúrgica disidente. La cita sobre Segovia en Mattini, Luis; *Hombres y mujeres del PRT-ERP*, Editorial Contrapunto, Buenos Aires, 1990, página 462.

²³De Santis, Daniel; op.cit., página 51. En el testimonio de este activista (co-dirigente de la Comisión Interna de Propulsora Siderúrgica, en las afueras de La Plata) se ratifica, a su vez, la confianza de su organización en los criterios prácticos de sus militantes sindicales que se encontraban “en la primera línea” de confrontación, es decir, las propias fábricas.

armarlos y crear los soviets', no, eso no. El se fijaba en abarcar la mayor cantidad de gente posible, crear la conciencia". Todo esto, según su recuerdo, despertaba respeto hacia esos dirigentes. De todas formas, reconoce que a veces se presentaban discusiones, teniendo en cuenta que "en la fábrica el que está al frente del trabajo sos vos". Por último, admite autocriticamente que en muchos casos no era posible implementar las propuestas partidarias o que "se hacía lo que se podía dentro de las posibilidades"²⁴.

Según los testimonios coincidentes que hemos podido relevar, la organización en donde la tensión entre bases y dirección se presentaba como más aguda era la JTP. Esta situación es más significativa si tenemos en cuenta que, en el área de nuestro estudio, se trataba de una de las fuerzas político-sindicales mayoritarias y con tendencia a orientar (a mediados de 1975) la Coordinadora Interfabril zonal. Dos fueron los lugares de los que disponemos de mayor información, ambos con una experiencia exitosa de recuperación de sus respectivos organismos de base fabril y referentes en Zona Norte: el astillero Astarsa y los laboratorios Squibb.

En el primero, se había constituido una fuerte agrupación que intentó por dos veces disputar electoralmente la conducción del sindicato naval²⁵. Si bien esos intentos se vieron frustrados por las maniobras de la burocracia, la agrupación "José Maria Alessio" ejercía hacia mediados de 1975 la conducción real de los contingentes obreros no sólo de ese astillero sino también de otros de la zona de Tigre. La misma magnitud de la influencia alcanzada entre los trabajadores navales desató una discusión entre los activistas que organizaron originalmente la agrupación y la conducción de Montoneros. Esta discusión comenzó a cobrar relevancia en especial luego del paso a la clandestinidad de la organización madre en septiembre de 1974. Según un testimonio que hemos podido recoger, Montoneros pretendía que los militantes del astillero se volcaran al accionar armado como forma de irlos "fogueando", en perspectiva de un enfrentamiento generalizado. Si a mediados de 1973 la agrupación de base de la JTP se vio beneficiada por el respaldo de una organización político-militar, dos años después esa condición transformaba a sus activistas en un "blanco móvil".

²⁴Entrevista ya citada con "Petiso". El respeto de los militantes hacia la conducción se alimentaba en la consecuencia entre discurso y acción y de una moral de hierro que demostraban de manera práctica los miembros de la segunda. Esta última opinión nos parece muy significativa por provenir de un ex-dirigente, muy crítico en la actualidad de la organización donde militó. Mattini, Luis; op.cit.; página 399. A nuestro entender y por los testimonios relevados, esta dinámica respondería, una vez más, a la fuerte impronta guevarista, predominante en las organizaciones de izquierda en especial el PRT.

²⁵Para una muy completa descripción de este proceso, véase Lorenz, Federico; op.cit.

La orientación crecientemente militarista no sólo implicaba un recargo de las responsabilidades de los militantes, también los obligaba a descuidar o reducir su trabajo específicamente gremial, aquél por el cual habían alcanzado reconocimiento entre sus compañeros²⁶.

Una situación similar se presentaba a mediados de 1975 en los laboratorios Squibb. Allí la secretaría general de la Comisión Interna recaía en una activista de JTP, apoyada por una agrupación no abiertamente identificada como rama gremial de Montoneros y formada por una casi decena de militantes. En este caso, la discusión tenía que ver con un acentuado “verticalismo” de la conducción superior que restringía información y espacio a sus militantes fabriles. Al mismo tiempo, exigía bien entrado el año 1975, que la agrupación del laboratorio se declarara parte integrante de la organización revolucionaria. Un ejemplo de esto último nos lo relata dicha militante en ocasión del 22 de agosto, donde le imponen colocar en las carteleras de la planta una reivindicación al renunciamiento de Evita y a los guerrilleros asesinados años antes en Trelew, en un comunicado firmado por Montoneros. Esta pretensión provocó un inmediato rechazo de la testimonante, por el evidente riesgo de quedar identificados y, por la tanto, expuestos los activistas del laboratorio. Respecto al primer punto, sus recuerdos giran en torno a la discusión en su “ámbito” superior. Esas discusiones reflejaban de alguna manera la rigidez de la conducción que pretendía bajar permanentemente la línea de lo que se debía hacer en la base, sin tener necesariamente en cuenta la opinión de ésta. La testimonante evalúa que esta actitud no estaba necesariamente relacionada con una concepción ideológica sino más bien a un prejuicio paternalista proveniente de la extracción social de los cuadros de dirección. Esto incidía, según su relato, en los criterios de construcción, que ponía un límite de crecimiento a la formación de cuadros político-sindicales de origen obrero. Eran así muy pocos los militantes de dicho origen que podían llegar a la conducción, quedando en minoría y siendo en muchos casos reabsorbidos por la dirección.

Un caso revelador de las discrepancias entre los “responsables” políticos (muchos de ellos, sin inserción concreta en la producción) de Montoneros y los militantes que encabezaban el trabajo gremial en fábrica, puede ser ejemplificado con lo sucedido en la gran marcha obrera por la ruta Panamericana del 3 de julio. En esa marcha, convocada por la Coordinadora Interfabril de Zona Norte en protesta contra el “Plan Rodrigo”, se concentraron más de 10.000 trabajadores, procedentes de empresas como Ford, astilleros de San Fernando y Tigre, Terrabussi, Matarazzo, laboratorios Squibb, Alba, Editorial Abril, Fanacoa, Carrocerías El Detalle, IBM y las principales metalúrgicas de la zona. Al llegar al borde mismo de la Avenida General Paz los esperaba un fuerte operativo de contención de la Policía Federal,

²⁶Entrevista a Luis Benecio ya citada. Un análisis muy pormenorizado de tal tensión, en Lorenz, Federico; op. cit., páginas 72 a 87.

que se extendía también en los demás puntos de ingreso a la Capital Federal. Llegado a este punto, se produjo el momento de máxima tensión con la columna de Zona Norte. A la cabeza de la movilización se encontraba el núcleo de activistas de la Ford, orientados mayoritariamente por el PRT, que pretendía forzar el paso alentados por el carácter combativo y multitudinario de la marcha. Sin embargo, otros grupos como el representado por la Comisión Interna de los laboratorios Squibb (con mayoría de la JTP), se oponían a esa pretensión, debido a la composición de la marcha (muchas mujeres e inclusive niños), a la falta de una voluntad unánime de los manifestantes de llegar a esa instancia y la magnitud del operativo represivo. En ese momento, los responsables políticos de Montoneros del ámbito sindical en Zona Norte, discutieron con sus propios militantes que conducían la Comisión Interna de Squibb, acerca de la actitud a seguir. Aparentemente, la dirección de la “Columna Norte” de Montoneros temía perder la iniciativa ante las posturas más radicalizadas que adoptaban los militantes del PRT. Finalmente, la situación se resolvió en una asamblea. Se impuso así la postura de replegarse hacia Martínez y decidir también en asamblea, el curso a seguir²⁷. La resolución de este acontecimiento demuestra, por una parte, la heterogeneidad que presentaban el abanico de tendencias que militaban políticamente entre los participantes de este proceso. Pero, además, y volviendo a la discrepancia entre la “conducción” de Montoneros y sus militantes, este hecho nos muestra como los núcleos de militantes de izquierda podían analizar y procesar los datos objetivos que surgían del estado de disposición de los trabajadores, aun de aquellos más combativos. Esa capacidad surgía del contacto diario con el colectivo obrero y permitía que delegados y activistas de planta pudieran imponer sus puntos de vista a sus propias direcciones partidarias, a pesar de la tensión que generaban tales contradicciones al interior de las organizaciones políticas. También es revelador de cómo aun los sectores más radicalizados aceptaban las decisiones adoptadas en ámbitos democráticos como las asambleas obreras, reflejo de un interesante proceso de maduración política de sus militantes.

Esto no eliminaba la tensión y nuestra testigo (la ya mencionada Cristina) narra que por lo menos en dos ocasiones “insubordinaciones” personales a líneas impuestas estuvieron a un paso de terminar como disidencias. En algún caso, ante el reclamo de disponer de mayores elementos para evaluar en una perspectiva más amplia, la conducción promovía a los militantes más críticos a un escalón superior, en donde al contar con mayor información, superarían el marco acotado de su propia experiencia fabril. Según su visión, para complejizar más aquella discusión, por aquel tiempo se sumaba otra línea de análisis que polarizaba los debates entre los partidarios de las soluciones más “políticas” y los que

²⁷Todo el episodio nos fue narrado, en términos coincidentes, por dos protagonistas quienes militaban en organizaciones diferentes y que sostenían posiciones enfrentadas respecto a la actitud a asumir en dicha marcha. Entrevistas a Cristina y “Petiso”, ya mencionadas. Löbbe, Héctor; op.cit., capítulo II.

proponían respuestas más “militares”. La realidad de una época en ebullición impedía medir con absoluta precisión cual de las posturas era la correcta: en algunos casos, los contingentes obreros de una fábrica respondían a una orientación y otros no, por lo que se planteaba que en todo caso era cuestión de tiempos y no de consignas desacertadas. Dentro de la organización madre, los dirigentes provenientes del frente territorial eran los que llevaban la voz cantante, subordinando a los del frente sindical. Las diferencias podrían deberse a que Montoneros reclutaba mayoritariamente a sus cuadros militares en el primero de los frentes nombrados (se cita por ejemplo el caso de Galimberti y Pereyra Rossi) y si bien se concedía mucha importancia a la JTP, sobre todo a partir del primer semestre de 1975, el apoyo estaba condicionado a que fuese la conducción quien fijase la línea a su frente sindical. En opinión de nuestra entrevistada, casi no había espacio para la discusión. Ésta se restringía, a lo sumo, a como implementar una línea ya elaborada. Su impresión es, mirando a la distancia, que aquel funcionamiento era extremadamente verticalista y carente de espacios democráticos, lo que impedía una construcción legítima de poder de la clase obrera²⁸. Debemos señalar, sin pretender entrar en este terreno, que el tipo de discusión JTP – Montoneros estaba mediada entre otras cosas por el carácter mismo del origen ideológico de ambas vertientes organizativas: el peronismo. Esta formulación ideológica, a diferencia del marxismo (que muy tardía e insuficientemente fue adoptado como marco de análisis teórico) es lo suficientemente ambigua en lo relativo a definir cuales deberían ser los criterios correctos a seguir por una organización revolucionaria.

A manera de conclusión provisoria digamos que la relación de ida y vuelta entre base y dirección de las organizaciones políticas se tornaba un circuito muy complejo.

Desde la perspectiva de las conducciones de las organizaciones políticas se puede observar que su inexperiencia e inmadurez las hacía recurrir a un “método primitivo de trabajo”²⁹, desaprovechando muchas energías de los sectores más avanzados de la clase obrera y sus cuadros de vanguardia, corporizados en los militantes fabriles. Todo esto probablemente redundaba en un empobrecimiento general al momento de fijar el curso de acción por parte de aquellas fuerzas políticas.

Por otro lado, la situación de los activistas no era menos sencilla. Algunos, por distintos motivos, adscribían de manera acrítica a la línea que fijaba la conducción. Otros, aun reconociendo las falencias de las direcciones y ciertos componentes autoritarios, aceptaban las orientaciones pero se reservaban la capacidad de aplicarlas de manera flexible a las condiciones reales de su fábrica. Estas situaciones

²⁸Entrevista a Cristina, ya mencionada.

²⁹Este concepto es utilizado por Lenin como categoría explicativa para definir el método aplicado por organizaciones políticas carentes de una correcta estrategia revolucionaria. Lenin, Vladimir; *¿Qué hacer?*, Editorial Nuestra América, Buenos Aires, 2004, páginas 169 a 179.

repetían y multiplicaban las dificultades ya apuntadas, provocadas por un método en muchos casos improvisado que conspiraba con las pretensiones de militantes y conducciones.

El panorama se nos presenta así mucho menos esquemático al descrito en forma tradicional: los activistas fabriles no fueron “autómatas” teledirigidos ni cumplían lineamientos sin evaluar críticamente sus posibles resultados. El lugar de trabajo, espacio concreto en donde actuaban les permitía moverse con la libertad relativa que imponían las condiciones del momento y la aplicación de ciertas políticas (aun aquellas de las que más tarde se autocritiquen) pasaba también por su voluntad y capacidad reflexiva. Entonces, analizando en forma retrospectiva todo el proceso, los éxitos y fracasos que tuvo el mismo parece ser el resultado compartido de aciertos y errores tanto de los activistas como de las organizaciones en las que militaban.

El otro aspecto que se nos presenta como importante en esta fase organizativa, que derivó en la constitución de la Coordinadora zonal, es el tipo de prácticas cotidianas que desarrollaron los activistas político-sindicales en la primera línea de combate donde desarrollaban su militancia, es decir, las fábricas.

Partamos de una premisa y a la vez crítica realizada desde el presente: las Coordinadoras Interfabriles del Gran Buenos Aires (en tanto espacio de articulación entre grupos de activistas y diferentes Cuerpos de Delegados y Comisiones Internas) no pudieron avanzar más debido a la falta de un eje político coherente. Sin embargo, tales definiciones y en gran número, no sólo existían sino que eran impulsadas por las distintas organizaciones políticas con presencia en dichos organismos.

La cuestión a nuestro entender, se orienta en otro sentido y tiene que ver con un criterio de funcionamiento adoptado por las Coordinadoras: las resoluciones se tomarían mediante el acuerdo por unanimidad y además, todas las propuestas deberían contar con la aprobación de las bases. En este último punto radica, a nuestro juicio el centro del problema. Si las Coordinadoras no querían ser sólo un organismo superestructural debían remitirse por lo menos en términos relativos al mandato de las delegaciones fabriles. Y en las fábricas no existían únicamente diferentes puntos de vista entre los activistas sino, sobre todo, en el conjunto de los trabajadores. Esas diferencias naturales eran las que debían ser procesadas por los activistas políticos, quienes para no quedar aislados, en muchos casos, “rebajaban” la carga de radicalidad de sus propuestas. Por este motivo, creemos oportuno volver nuestra atención al proceso en que se adoptaban las decisiones en las fábricas a mediados de 1975, teniendo en cuenta que sobre ellas incidía fuertemente el contexto político y económico de la Argentina de aquel entonces y de la propia experiencia que desarrollaba el peronismo gobernante.

La primera cuestión que debían afrontar los activistas (aun aquellos de origen peronista) era ser reconocidos por sus compañeros de sección. Éste era el escalón básico para acceder a la categoría de delegado.

Todos los testimonios recabados acuerdan en que tal reconocimiento se basaba en la presencia constante junto a los trabajadores, pero además, una vez obtenido el cargo no se podía abandonar esa práctica, debiendo prestar atención hasta los reclamos más menudos³⁰. La centralidad de tal actitud la destaca un testimonio cuando relata como debía recurrir a veces a otros activistas para multiplicar esa capacidad de relevamiento, exigida al delegado. Además, el recorrido por toda la planta dialogando con cada grupo de operarios contrastaba abiertamente como metodología a la adoptada por los delegados burocráticos, quienes solían encerrarse en alguna oficina de la empresa. Al mismo tiempo, esa caminata diaria antes o después de cumplir su propio turno, servía para medir el estado de ánimo del conjunto de los trabajadores, dato éste último muy importante si lo que se pensaba era impulsar una medida de fuerza. Activar siempre de acuerdo a ese estado de ánimo garantizaba a los militantes poder encarar una acción reivindicativa que fuera efectivamente cumplida por sus compañeros y no sólo una consigna testimonial.

El segundo paso y uno de los más difíciles de implementar, era llevar la línea política de su organización a la masa obrera del establecimiento. En muchos casos, esto último tenía que ser garantizado con el trabajo “hombre a hombre”. Aquí se ponía en juego la capacidad de los militantes, en tanto era necesario un fino manejo de los códigos propios de los trabajadores para adecuar las propuestas partidarias de tal manera que las mismas sintonizaran con la opinión del contingente obrero e inclusive el colectivo la sintiera como propia. En este punto, todos los militantes entrevistados reconocen la imposibilidad, en muchas oportunidades, de imponer por la fuerza una consigna o actividad, a riesgo de ser rechazadas por la base. Las organizaciones de izquierda más exitosas al momento de crecer dentro de la clase obrera eran precisamente aquellas que admitían (en algunos casos, resignadamente) un cierto nivel de conciencia y por lo tanto, daban mayor autonomía a sus activistas fabriles. La transmisión de la línea se garantizaba recurriendo a toda una batería de recursos, que además de la charla formal o informal incluía la entrega y discusión de volantes, boletines y en los casos de contingentes más politizados, las publicaciones semanales de las fuerzas partidarias.

Toda esta tarea de agitación era mucho más compleja por qué a mediados de 1975 la acción punitiva contra la militancia política implicaba directamente el asesinato de aquellos activistas más reconocidos.

³⁰Nos basamos en los testimonios ya citados de Cristina, “Petiso”, Luis Benencio, y además, a sendas entrevistas a Néstor Correa, activista político y delegado general de la Comisión Interna de la metalúrgica EMA (Vicente López) entre los años 1973 y 1975 (Buenos Aires, 2003) y Carlos Frígoli, activista político y delegado general de la Comisión Interna de la metalúrgica Santini (Vicente López) entre los años 1973 y 1975 (Buenos Aires, 2003).

Por éste último motivo, en general, no eran aquellos que desempeñaban funciones gremiales como delegados los encargados de repartir o “piquetear” esos materiales escritos. Al mismo tiempo, la totalidad de los cuadros político-sindicales de la izquierda no peronista se identificaban ante las bases como “independientes”. Esta estrategia de encubrimiento, como los propios militantes admiten, no alcanzaba para disimular su condición no sólo para sus propios compañeros sino también para los sectores burocráticos y peor aún para las bandas fascistas. Sólo con el ejercicio de leer un volante y comparar el mensaje y hasta la terminología empleada con la “hablada” de un militante quedaba transparentada la pertenencia ideológica o partidaria del activista. La categoría de “zurdo”, “bolche”, “bicho colorado” era sistemáticamente asignada y no sólo con sentido despectivo: en muchos casos, era la forma dialectal adoptada por el obrero común al referirse a un tipo de comportamiento enfrentado a la patronal y a la burocracia y como tal, un ejemplo de respeto.

Los peronistas de izquierda, a su turno, se encontraban en una situación igualmente comprometida. A partir de mayo de 1974, JTP era sinónimo de “montos” y por ese motivo dichos militantes trataban también de encubrir su verdadera identidad partidaria. El intento a partir de mediados de 1975 de constituirse como “peronistas auténticos” no mejoraba las cosas: para la represión estatal o paraestatal eran simplemente “infiltrados” y entre las filas obreras provocaba confusión la reivindicación y, al mismo tiempo, la crítica a un movimiento político al que habían votado hacía apenas dos años y que denunciaban en la persona de la presidente y heredera política de su máximo líder³¹.

El tercer y último paso era la convocatoria y realización de la asamblea. En la visión coincidente de los militantes entrevistados, este hecho se convertía en el acto central que prescribía el “abc” del activismo político-sindical. Hasta el golpe de Estado militar de 1976, la reunión de trabajadores con capacidad de opinión y decisión, confrontando de manera abierta y plural era tal vez el símbolo máximo de la democracia obrera. Rechazada o desvalorizada por la burocracia sindical, se convertía por esa misma razón en el objetivo central a alcanzar por parte del activismo opositor. En ella “ante los ojos de todos los compañeros” quedaban a la luz las diferentes posturas y aun los intentos de acallar a los activistas combativos se volvían en contra de importantes figuras de la cúpula sindical, como ocurrió (en plena ebullición obrera) en una asamblea general de la Ford Pacheco, en la persona de Mercado, secretario adjunto nacional del SMATA³².

No obstante, la asamblea como práctica e instrumento no podía ser aplicada en cualquier situación o por cualquier motivo. El riesgo implícito era convertirla en un ritual, que por su utilización rutinaria,

³¹Como ejemplo de este mensaje ambiguo señalemos que en sus comunicados Montoneros seguía, hasta fines de 1975, firmando “Perón o muerte, hasta la victoria General”.

³²Véase Löbbe, Héctor; op. cit., capítulo II.

quedara vacía de sentido y contenido, desgastándola para cuando ella fuese en rigor imprescindible. Como afirman nuestros testimoniantes, “no podés convocar a asamblea cuando querés, sino también cuando podés”, en un abierto reconocimiento que el factor oportunidad pesaba tanto como la más férrea voluntad de los activistas.

Veamos entonces cuales eran los factores más importantes para garantizar una asamblea efectiva, esto es, con capacidad de decisión que pudiera luego ser sostenida por el colectivo obrero de una fábrica.

En primer lugar, el motivo. Este no podía ser sólo el que el militante fijara como convocante. En todo caso, si era así, debía reflejar de alguna manera el sentimiento y la preocupación de las bases. En este aspecto, al igual que en otros, una mala apreciación por parte del activismo podía derrumbar el laborioso trabajo de meses. Las consignas coyunturales debían ser expresadas en una perspectiva a mediano plazo. La tarea didáctica consistía en señalar que cualquier demanda reivindicativa, por pequeña que fuera, formaba parte de un programa máximo que aspiraba al fin de la explotación del sistema capitalista. Pero tal proceso no podía plantearse en términos absolutos, y requería de un complejo abordaje argumentativo.

En segundo lugar, la preparación de la asamblea. En este punto, los militantes reconocen que la práctica más común era iniciar la discusión individual, ganando a los más remisos y luego testear el ánimo en mini asambleas por sección. De esta forma, se podía anticipar la dirección probable que seguiría la asamblea general (por ejemplo, los argumentos en contra de una cierta consigna o propuesta) y además, desactivar de manera preventiva los núcleos argumentativos contrarios. De ser efectiva esta ardua labor, cada sección no sólo era ganada para la discusión general sino que se presentaba a la misma impulsando desde abajo una determinada posición.

Un tercer aspecto era la oportunidad. Por lo señalado no alcanzaba lo correcto de una consigna o de una línea. Tampoco el haber realizado un sistemático trabajo de discusión previa. La asamblea, para no desgastarse como instrumento de movilización, debía proponerse en el momento justo. Contrariamente a lo que cierto prejuicio parecería indicar, los militantes de aquellas organizaciones caricaturizadas por su “asambleísmo” (por ejemplo, las trotskistas) reconocen que en aquella época era necesario ser muy prudente al momento de convocarlas. Esta posición puede entenderse en el sentido que la asamblea era probablemente el único instrumento legítimo (en el sentido “democrático” del término) que el activismo opositor podía levantar contra los recursos manejados por la burocracia sindical. Perder una asamblea para la oposición sindical fabril era sufrir una doble derrota: la de los principios defendidos y la del método empleado, éste último el factor decisivo que marcaba la diferencia con los sectores burocráticos.

Por tal motivo, la ocasión de la convocatoria debía estar basada en dos ejes centrales: un problema común que afectara a los trabajadores de toda la planta y cuestiones de índole general, tanto en la rama de actividad como a nivel nacional. Por lo menos desde comienzos de la década de 1970, el proceso de recuperación de organismos de base fabril encarado en nuestra zona de estudio se había pivotado en torno a reivindicaciones concretas (salubridad, ritmos de producción, reconocimiento de delegados, resistencia a despidos de personal). Sin embargo, llegada la oportunidad a comienzos de 1975, esa acumulación organizativa pudo trascender en una movilización general, al ser el fruto de un arduo trabajo preparatorio en cada planta fabril. Si esta tarea previa había sido sólida, un eventual reflujó de masas, como el sucedido a partir de mediados de julio de 1975, no hacía desaparecer la influencia de los núcleos de activistas combativos implantados en las empresas.

La convocatoria a asamblea resultaba también una herramienta de presión o disuasiva, dirigida contra la burocracia sindical. En la medida que esta última no tenía garantizada poder imponer su posición en una discusión abierta y democrática en fábrica, se la podía condicionar a la negociación desde la base, amenazando de lo contrario a resolver los diferendos en asamblea de trabajadores. Si bien es cierto que las direcciones centrales de los sindicatos podían responder declarando las asambleas en planta como “ilegales” y subsecuentemente, desconocerlas, el efecto buscado por la oposición de todas formas se alcanzaba: por una parte, confirmaba sus denuncias acerca del carácter antidemocrático de los dirigentes sindicales ortodoxos. Por otro lado el sector empresario, todavía a mediados de 1975, admitía que el control real lo ejercían los cuerpos de base y en ese sentido preferían un acuerdo rápido y no arriesgarse a que en una asamblea de planta se agravara el conflicto, hasta tornarse inmanejable.

Todas estas prácticas cotidianas, dominantes en las fábricas donde las agrupaciones de izquierda eran la conducción real de los planteles obreros, no sólo tenían importancia en el ámbito restringido de cada establecimiento: su generalización, en un espacio geográfico colindante, explica también el surgimiento de las distintas Coordinadoras Interfabriles del conurbano bonaerense. En ese sentido, la coordinación era sólo una de las prácticas más comunes de la militancia obrera. Otros comportamientos igualmente presentes (que no desarrollaremos en extenso en esta ponencia), fueron la “ocupación” (con toma de rehenes empresarios y personal jerárquico) y la solidaridad activa entre los contingentes proletarios de las fábricas vecinas³³. Respecto a las “tomas”, este fue un indicio más del nivel alcanzado por la lucha de clases en los '70. La utilización de prácticas que violentaban objetivamente el derecho burgués (desde desafiar el derecho a la propiedad privada como también el de retener compulsivamente a sus

³³El testimonio sobre la “ocupación” de la fábrica de autopartes Del Carlo, en la ya citada obra de Pozzi, Pablo y Alejandro Schneider, op.cit., páginas 424 a 426. Para los astilleros Astarsa, el libro de Lorenz, Federico; op.cit., capítulo III. Un detalle completo de dichas “tomas” (tanto antes como, en especial, después de mayo de 1973) en nuestro trabajo. Lóbbe, Héctor; op.cit., capítulos I, II y III.

dueños y gerentes) viene a resignificar lo que se entendía como “violencia” en aquella década, quienes la ejercían en forma masiva y como ese concepto no se agotaba en la lucha armada. También sirve para comprender el temor de la burguesía, las acusaciones de “guerrilla fabril” asignado a los activistas sindicales que las impulsaban y garantizaban y la represión, tanto contemporánea como posterior al golpe militar de marzo de 1976.

Justamente, la represión que sufrieron los contingentes obreros protagonistas de tales “ocupaciones” forzaron como respuesta lógica la solidaridad de aquellos que compartían su lucha en otros establecimientos vecinos. Esta solidaridad efectiva logró en muchas oportunidades no sólo impedir el aislamiento de un conflicto en particular, sino la desocupación violenta de cada planta. La dinámica impresa al enfrentamiento entre el capital y el trabajo en toda esta etapa y sus principales características (tanto de índole cuantitativas como cualitativas), devino en términos organizativos en la formación de un espacio de articulación específico: la Coordinadora Interfabril. Ninguna organización de izquierda concebía este espacio como una forma de “paralelismo sindical”. Por el contrario, era el propio cepo legal (la ley de Asociaciones Profesionales sancionada por el peronismo a fines de 1973) el que obligaba a recurrir a la Coordinadora como instrumento necesario para garantizar el éxito de las luchas reivindicativas. En nuestra zona de estudio (pero también en el resto del Gran Buenos Aires), las Coordinadoras Interfabriles se constituyeron así en la efectiva dirección de las fracciones de vanguardia del proletariado y uno de los más originales elementos de la lucha de clases en la Argentina, que reflejaba lo complejo y avanzado del proceso de impugnación al sistema capitalista.

Conclusiones

A mediados de 1975, el esforzado trabajo militante en decenas de fábricas de Zona Norte había prosperado: sus organismos de base eran conducidos por activistas de izquierda con gran reconocimiento de sus compañeros y surgía una incipiente articulación entre esos organismos de base. Estos dos factores serán decisivos para comprender las características que asumió la reacción proletaria al plan de ajuste neoliberal del gobierno de María Estela Martínez de Perón: el “Rodrigazo”. En efecto, durante las “jornadas de junio y julio del ‘75” (el ciclo de paro general no declarado y que se extendió por casi una quincena), esas conducciones alternativas, de fuerte impronta clasista y combativa, no sólo convocaron sino que organizaron y dirigieron la más importante movilización de trabajadores de la segunda mitad del siglo XX en nuestro país. La importancia cualitativa de tal proceso radica en que tanto la huelga general como las movilizaciones hacia el centro mismo del poder fueron realizadas bajo un gobierno nacionalista burgués (el peronismo), lo que indicaba la apertura de un incipiente viraje

ideológico de las fracciones de vanguardia de la clase obrera argentina. En términos objetivos, dos fueron sus resultados inmediatos: 1) provocaron la caída de más de medio gobierno (incluyendo a su ala más abiertamente fascista), quebraron la pauta que se pretendía imponer a la negociación paritaria y forzaron el retiro del plan de ajuste neoliberal. 2) constituyeron una instancia de dirección alternativa (las Coordinadoras Interfabriles) que, más allá de sus debilidades, amenazaba disputar a la “burocracia sindical” la conducción del movimiento obrero, por lo menos en dichas fracciones de vanguardia.

Creemos que este escenario desnudaba la profunda crisis en la que había caído el capitalismo argentino y la subsecuente agudización de la lucha de clases. A su turno, tuvo directa relación con el adelantamiento del golpe de estado contrarrevolucionario de 1976, en tanto indicaba el acelerado desgaste del proyecto reformista burgués y un ascenso de la influencia de la izquierda en la clase trabajadora, que no había podido conjurar ni el “gobierno popular” plebiscitado dos años antes. Pasado el pico de movilización obrera (junio-julio de 1975) y hasta marzo de 1976, la militancia obrera de izquierda mantuvo e incluso incrementó hasta el límite de sus fuerzas, la actividad organizativa y reivindicativa. Como respuesta desde el poder, se descargó sobre esta vanguardia obrera una violenta ofensiva represiva, con características de terrorismo de Estado: desde las agresiones y asesinato de las bandas fascistas como la “Triple A” (apañadas y organizadas por el gobierno peronista) hasta la intervención directa de las Fuerzas Armadas, que ajustaban la metodología que utilizarían meses más tarde en forma masiva. A pesar de esto, desde los principales establecimientos de Zona Norte del Gran Buenos Aires, los organismos de base fabril siguieron (si bien a la defensiva) resistiendo³⁴, lo que venía a probar que era necesario una acción aun más contundente y definitiva.

Por ese motivo, y con el efectivo concurso de los sectores empresarios y la abierta complicidad de la burocracia sindical, una de las primeras y prioritarias tareas encaradas por el “Proceso de Reorganización Nacional” fue la eliminación física de los cuadros políticos sindicales de izquierda y la desarticulación de las estructuras representativas en el ámbito de los distintos establecimientos. El éxito de tal acción represiva de la Dictadura Militar fue sin duda la condición necesaria para garantizar no sólo la derrota de los distintos proyectos revolucionarios socialistas en curso sino también la reestructuración del capitalismo argentino, en crisis desde 1969 por la movilización obrera y popular.

Héctor E. Löbbe

San Fernando, Provincia de Buenos Aires. 7 de julio de 2007.

³⁴Löbbe Héctor; op.cit.; Capítulo III.